

clotario blest, profeta de dios contra el capitalismo

MAXIMILIANO SALINAS



FRONTERA

COLECCION CULTURA Y RELIGION

Ediciones Rehue

2

1. CLOTARIO BLEST Y LA IGLESIA CHILENA HAS LA CRISIS DEL 30.

a) Pastoral conservadora, capitalismo oligárquico.

Para entender el contexto histórico religioso en que se desarrolla la infancia y juventud de Clotario Blest hay que referirse necesariamente a la pastoral de la Iglesia de la época, que se expresó como el proyecto político-religioso conservador.

Este proyecto pastoral, que dió a conocer el espíritu eclesiástico chileno entre 1850 y 1930, se puede definir, en un sentido amplio, como la defensa y el apoyo eclesial del capitalismo oligárquico. Durante el

extenso período que va de 1850 a 1930 la pastoral conservadora se desarrolla en tres fases históricas que responden a una **etapa de constitución**, de gran virulencia y agresividad, que va desde 1850 a la década de los 80, una segunda **etapa de apogeo**, época de amistades y pactos con la oligarquía liberal, que va desde los años 80 hasta 1910, y, finalmente, una tercera **etapa de decadencia**, que acompaña el agrietamiento del orden oligárquico en general, que corre desde 1910 a 1930.

Cada una de esta etapas, si obviamente presentan matices propios, mantienen férreamente un denominador común, la defensa del orden oligárquico y, por ello, la lucha declarada contra todo lo que constituyera insubordinación, especialmente la proveniente de las clases populares en el sentido democrático y socialista que se fue incubando en el período. Este tipo de insubordinación, la del pueblo sometido al rigor del capitalismo en ciernes, fue visto como el "pecado" supremo, la violación más flagrante del sistema político-religioso.

No hay duda que el fundador de la pastoral conservadora en Chile fue monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, la figura más sobresaliente del período de constitución de esa pastoral. Proveniente de la vieja aristocracia agrario-colonial, representó con un brillo extraordinario la agresividad de la "religiosidad oligárquica" como miembro del Parlamento, como Rector del Seminario arquidiocesano de Santiago (donde introdujo la división de clases, con secciones diferenciadas para ricos y pobres), y, al final de su vida, como primer Rector de la Universidad Católica de Chile.

La nitidez de su ideología conservadora ya estaba fijada en el ambiente de la post-Guerra Civil de 1851 (gran fractura del viejo autoritarismo colonial), como

puede observarse en las cartas dirigidas a su amigo el futuro Obispo de Concepción José Hipólito Salas, otro baluarte de la pastoral conservadora chilena. En ellas aparece por primera vez en Chile el perfil del "anti-comunismo religioso". Desde Estados Unidos insta a su amigo para que convenza a los conservadores criollos que

*"el **socialismo y comunismo**, que minan las dos bases del orden social, esto es la autoridad y la propiedad, sólo pueden ser vencidos por la religión, y que así, por la política la deben servir y proteger, procurando que despliegue y tenga en Chile toda su divina energía".*

En concreto el rol del clero debe ser enseñar "la obediencia que se debe a la **autoridad social**, y el respeto que hay que guardar a la **propiedad particular**", como lo expresa en otra carta (1).

Allí estaba diseñado y compendiado el **proyecto político-religioso conservador** como **defensa eclesial del capitalismo oligárquico** (en sus dos fundamentos, el Estado y los propietarios privados). La pobreza y la miseria del pueblo trabajador, "caldo de cultivo del socialismo", debía ser remediada, según Larraín, a través de la caridad privada, incentivada especialmente por el clero (el clero romanizado fue en un principio el productor principal de la pastoral conservadora: en 1854 Larraín y Salas fundaron y presidieron en Santiago la Sociedad de San Vicente de Paul destinada a atender a los pobres).

Después de duras batallas del clero conservador por conquistar la suma del poder eclesiástico, cosa que no consigue debido a la oposición de la oligarquía liberal (monseñor Larraín no logró el nombramiento de Arzobispo de Santiago, por las presiones del Estado libe-

ral ante el Vaticano, en especial por las gestiones de Alberto Blest Gana, tío de Clotario Blest), se pasa a la segunda fase en la historia de la pastoral conservadora.

Esta etapa nueva que llamamos de apogeo se caracteriza por la **vinculación orgánica de la pastoral conservadora con el Estado liberal**, y entonces, sobreviene la convivencia pacífica entre el proyecto político-religioso de la Iglesia y del bloque oligárquico en el Parlamento, en un frente común de dominación. Ahora se realiza con propiedad, desde el Estado, el proyecto de defensa eclesial del orden oligárquico.

La figura más representativa y eminente de este momento fue el Arzobispo de Santiago Mariano Casanova, quien rigió la principal diócesis de Chile desde finales de los años 80 hasta poco antes del Centenario (de 1887 a 1908). Casanova expresó la omnipotencia del poder de su tiempo, y los "fulgores divinos" de la dominación en Chile, tan estrechamente ligada en esos años al imperialismo inglés. Durante su gobierno arzobispal la prensa eclesiástica saludó con beneplácito la presencia en Chile del "Rey del Salitre", el británico John Thomas North, y los capitalistas ingleses elogiaban la pastoral del Arzobispo (véase el "Estandarte Católico" en 1889 o "The Chilean Times" en 1905).

Monseñor Casanova alentó los pactos políticos de la llamada "Coalición liberal-conservadora", encargando a sus párrocos el deber de disciplinar partidariamente a sus fieles en este sentido. En 1906 decía Casanova a los Obispos después de una jornada electoral:

"El Rmo. Metropolitano expuso que a su juicio la presente reunión revestía una

importancia excepcional por cuanto tenía lugar a raíz de las últimas elecciones generales, cuyos felices resultados habían puesto de manifiesto las ventajas de la Coalición conservadora-liberal democrática y lo que era capaz de alcanzar la Iglesia mediante los activos y abnegados esfuerzos de los Párrocos. Cree Su Señoría Ilustrísima que hay que hacer comprender a los Párrocos que el deber de trabajar en política es una obligación como cualquiera otra del Ministerio Parroquial y que no les es lícito abstenerse de tomar parte en política, lo que deben a su vez enseñar a los católicos, manifestándoles oportunamente la obligación que tienen en conciencia de procurar que salgan elegidos el mayor número de Municipales, Diputados y Senadores católicos” (2).

Complementariamente sus principales ataques políticos fueron en contra del socialismo que nacía junto al movimiento obrero. Las razones de estos ataques desarrollaban las ideas enseñadas por Monseñor Larraín Gandarillas. Decía Casanova en 1893:

“La doctrina socialista es, pues, antisocial, porque tiende a trastornar las bases en que Dios, autor de la sociedad, la ha establecido. Y no está en manos del hombre corregir lo que Dios ha hecho. Dios, como dueño soberano de todo lo que existe, ha repartido la fortuna según su beneplácito,...” (3).

El apogeo de la pastoral conservadora tuvo mucho que ver con el concurso de un clan capitalista católi-

co, la familia Fernández Concha. Ellos financiaron campañas presidenciales (la de 1896 a favor de Errázuriz Echaurren), fundaron innumerables obras de beneficencia, y aportaron la figura teológica más descolante del período, el Obispo Rafael Fernández Concha, partidario del liberalismo económico, y algo así como el teólogo del Arzobispo Casanova. En su tratado teológico "Del hombre" (1910) decía:

"La existencia de ricos y pobres, así como la de hábiles y rudos, de fuertes y flacos, de sanos y enfermos, entra para altos fines morales en el plan de la Divina Providencia, y todo esfuerzo por suprimirla resulta vano" (III, 366).

Luis Orrego Luco en su novela "Casa Grande" (ambientada en el mundo oligárquico chileno del 900) reflejó el carácter de esta Iglesia conservadora en su apogeo histórico, a través de la figura de un clérigo, —el "señor Correa"—, un conservador que había dulcificado sus intransigencias políticas (ya no le importaba, por ejemplo, que las señoritas católicas se casaran con jóvenes liberales). Correa, con sus maneras finas, transformaba "la religión dura y amarga de los pobres en doctrina elegante, comfortable, aristocrática, arreglada a costumbres y preocupaciones de sociedad". "El clérigo encarnaba tradiciones de la Iglesia, arregladas, en lo exterior, al mundo moderno, al gusto de los fieles, al buen tono de la moda, presentándolas como fáciles y agradables hasta en actos austeros y graves" (ed. de 1961, p. 285).

En este contexto histórico religioso nació Clotario Blest.

Por último, desde el Centenario (1910) hasta 1930, tiene lugar la última etapa de la pastoral conservado-

ra, etapa de decadencia que corre paralela al agrietamiento del capitalismo oligárquico. El proyecto político-religioso de la Iglesia (defensa eclesial del orden oligárquico) se torna ahora o más exaltado y alarmante (la línea que representó el Obispo Gilberto Fuenzalida en Concepción), o bien más discreto, hábil y solapado (la línea más típica del Arzobispado de Santiago, que culminó en el arzobispo Crescente Errázuriz y el obispo Rafael Edwards, hacia 1920).

La crisis del capitalismo oligárquico arrastró a su apoyo religioso (la pastoral conservadora) y éste, envuelto en la crisis, se vio sometido a la doble salida mencionada: acentuar, por un lado los rasgos más típicos y tradicionalmente conservadores (elementos integristas, etc.) o, potenciar, por otro, una pastoral "renovadora" (que alejara a la Iglesia de la identificación política con el Conservadurismo, y la abriera a los sectores no-oligárquicos en ascenso, en una línea "democratacristiana"), cosa que hizo la fórmula episcopal Errázuriz-Edwards. En todo caso, no debe olvidarse, se trataba de la pastoral conservadora en decadencia.

La primera fórmula respondía al catolicismo oligárquico vinculado más estrechamente a la sociedad tradicional y jerárquica (rural-hacendal), la segunda respondía a un catolicismo oligárquico atento y abierto a los desafíos de la evolución capitalista urbano-industrial. En una y otra fórmula el rechazo a las tendencias democráticas y socialistas seculares era igualmente categórico, y asimismo la identificación con los intereses del capitalismo.

Naturalmente la tendencia que prevaleció y se abrió camino fue la representada por monseñor Crescente Errázuriz en Santiago, un eclesiástico que siempre se sintió más identificado con el conjunto de la

oligarquía, que con la fracción conservadora de ella. Así, Errázuriz era un hombre de prestigio entre la oligarquía católica y no-católica, y entonces una figura de unidad en el conjunto del bloque oligárquico. Dado el deterioro del sistema, y su enorme prestigio personal, Errázuriz era, dentro del proyecto político de la Iglesia, la mejor carta en términos de la defensa eclesial del orden oligárquico. La Alianza Liberal lo presentó a la candidatura estatal del Arzobispado de Santiago, y el Vaticano lo nombró en 1918.

Es interesante conocer el parecer del Vicario Capitular de Santiago en 1918, Manuel Tomás Mesa (importa recordar este nombre, porque fue el eclesiástico más contrario a la carrera sacerdotal de Clotario Blest!), acerca de monseñor Errázuriz, en una carta al Cardenal Secretario del Estado del Vaticano:

“Durante toda su vida hasta el día de hoy ha sido el confesor y consultor de las personas más respetables tanto caballeros como señoras, de esta ciudad. Todas estas personas, el Presidente mismo de la República y los que han tenido parte en su designación, se darían por ofendidos si no fuera aceptado por Su Santidad para la mitra de Santiago;... no sabrían explicarse una negativa para un hombre de tanto mérito, que es no sólo honra del clero, como lo dicen todos los católicos, sino aún gloria de toda la nación, según expresión de los no-católicos” (4).

Errázuriz dio pruebas, desde un principio, de la gran penetración con que intuía históricamente el

ocaso del capitalismo oligárquico. En 1919 informaba a su gente de confianza de la venta de importantes bienes inmuebles de la Iglesia "para precaverse de los peligros que pueden haber a causa de revoluciones sociales o políticas" (5). La separación de la Iglesia y el Estado en 1925, durante el gobierno arzobispal de Errázuriz, fue uno de los hechos más trascendentales en la decadencia del proyecto político de la Iglesia (a partir de entonces el Partido Conservador perdió, en gran medida, su razón de ser).

Baste sumariamente con lo dicho para apreciar el panorama general de la pastoral conservadora. Sus grandes hombres fueron, consecutivamente, en las tres fases históricas, Joaquín Larraín Gandarillas, Mariano Casanova y Crescente Errázuriz, jefes de la Iglesia de Santiago.

Se hace imprescindible decir que este proyecto político-religioso conservador apartó profundamente a la Iglesia de las clases populares chilenas, enemistándolas entre sí. El pueblo, sobre todo en el creciente ámbito urbano-industrial, buscó su identidad libertaria, reconoció a sus héroes en personajes como Francisco Bilbao o José Manuel Balmaceda, que alentaron una vocación democrática, mientras la pastoral conservadora "demonizaba" a esos héroes populares como "herejes" e "impíos".

Además la pastoral católica dividió a las clases populares al promover **organizaciones confesionales de trabajadores**, como la "**Hermandad del Sagrado Corazón**" promovida por los hacendados y el clero durante la etapa constitutiva del Conservadurismo (sus miembros fueron llamados "pechoños"), la "**Sociedad de Obreros de San José**" también auspiciada por los empresarios católicos y el clero, durante la etapa de apogeo conservador, y, finalmente los "**Sindicatos**

Blancos" patrocinados por el clero en la etapa del Conservadurismo decadente.

El pueblo organizado en sus primeras agrupaciones democráticas vio con lamento y horror que la pastoral conservadora desfiguraba la imagen evangélica y popular de Jesús y su buena noticia para los oprimidos. Con ocasión de la pastoral contra el socialismo del arzobispo Casanova (de 1893, que hemos citado más arriba) un periódico democrático señalaba:

"La doctrina igualitaria y fraternal de Jesús ha sido falsificada... El apóstol sencillo de la Judea preconizaba la idea de la fe para fortalecer la esperanza del pueblo desventurado... Comparemos la pastoral del arzobispo que declara sagrado al rico, y al pobre un condenado a vivir desesperado y a morir ahogado por la resignación, con el Evangelio de Jesús, según San Mateo, acerca del joven rico y la dificultad de los ricos para entrar al Reino de Dios (Mt 19, 16-26)" (6).

Este escándalo que daba la Iglesia dio pie a una abundante producción folklórica anticlerical. Como un botón de muestra véase esta cueca publicada cuatro años escasos antes del nacimiento de Clotario Blest, en 1895. El pueblo celebra allí a Balmaceda (interpretado como verdadero "redentor" del pueblo) en contra de "curas" y "pechoños" (el término muy chileno y popular para designar a los integrantes de la clase trabajadora desclasados en la "Hermandad del Sagrado Corazón" durante los orígenes de la pastoral conservadora):

*“Ganó el bando liberal
y el conservador cayó
viva! viva! Balmaceda
cuyo partido triunfó.*

*Triunfó como se sabe
y es evidente
castigar al pechoño
por insolente.*

*Por insolente ¡ay sí!
claro, clarito
y tendrán que marchar
de hito en hito.*

*Así con mil dulzuras
mueran los curas” (7).*

Al mismo tiempo las clases populares chilenas advertían el nacimiento de una “nueva religión”: el capitalismo asociado al imperialismo inglés y la caída del Presidente Balmaceda. Con un lenguaje concreto, lleno de colorido e imágenes, un periódico “defensor del pueblo oprimido” de Valparaíso en 1902 denunciaba esta “nueva y falsa religión”, la **idolatría capitalista**:

*“Creo en el oro, metal todopoderoso,
creador de nuestra crítica situación, y en
sus hijos, los escuditos de veinte, diez y
cinco pesos, concebidos por obra y gra-
cia del ‘chico (Jorge) Montt’ y el ‘judío
(Agustín) Ross’; nació en la Moneda, pa-
deció bajo el poder del ‘loro bruto’ (?)
fue agotado, fundido y espatriado;*

descendió a las bóvedas del Banco de Londres; al poco tiempo nuestro gobierno lo hizo revivir para venderlo en remate público en las intendencias; bajó a 14 peniques y ahí está plantado por la santa voluntad de los ajiotistas y judíos de las calles de Huérfanos y Prat; y en esa altura permanecerá para hacer gozar a los vivos que tengan el don de poseerlo y el pobre pueblo el gusto de saber que hay oro en Chile sin poderlo él tener.

Creo en los billetes mugrientos, que sólo valen sesenta centavos, en las chauchas febles, en las fichas de cobre y mineras, moneda esta última inventada por los ingleses dueños de las pampas de Iquique. Creo en los pesos fuertes del porte de queso chanco que ofrecieron los revolucionarios del 91, en el perdón de estos pillos, la resurrección del cambio. Amén'' (7bis).

b) Protestantismo liberal, catolicismo popular: el trasfondo religioso familiar de Clotario Blest.

Clotario Blest nació en Santiago de Chile el 17 de noviembre de 1899. Podríamos decir que nace en un instante en que la pastoral conservadora de la Iglesia Católica chilena vive satisfecha en su rol de defensa religiosa del orden oligárquico. Dos años antes, en 1897, había fallecido el fundador del conservadurismo religioso en Chile, Monseñor Larraín Gandarillas, en medio de una Iglesia inmersa en el poder político del Estado, cumpliendo el rol que él le había trazado. Desde 1898, el paladín del Conservadurismo en el

Congreso Nacional, y discípulo de los Jesuitas, Carlos Walker Martínez, se desempeñaba como Ministro del Interior de la administración Errázuriz Echaurren, personaje encumbrado a la cima del poder del Estado por obra y gracia de las influencias políticas de los potentados conservadores (Domingo Fernández Concha).

El año que nacía Clotario Blest, —1899—, el brillante eclesiástico Crescente Errázuriz, indiscutible “director espiritual” de la oligarquía santiaguina, dio a conocer una de las afirmaciones más desatadas de la espiritualidad aristocrática, que elaboraba desde su aislamiento en la Recoleta Dominica, al señalar que, a pesar de sostenerse comúnmente lo contrario, no había que imaginarse a San José, carpintero, esposo de la Virgen María, “con las facciones del rudo obrero y asimilado a un hombre vulgar”. De este modo, el trabajador bíblico debía parecerse lo menos posible a los comunes y corrientes trabajadores chilenos (Fray Raimundo ERRAZURIZ, *Mes de San José*, Santiago 1899, p. 42).

Por su parte, el pueblo cristiano, los trabajadores santiaguinos de la época, oprimidos y creyentes, agrupados en sus propias organizaciones de clase, no trepidaron en denunciar la actitud “anticristiana” de los gobernantes de Chile, y particularmente en esos años, de Errázuriz Echaurren, tan oligárquica y antipopular, y, por lo mismo, tan opuesta a lo que el instinto evangélico de los pobres entendía como la causa de Jesucristo. El mismo año del nacimiento de Clotario Blest, un periódico satírico popular, llamado “*La Coronta, órgano de la clase obrera*”, reproducía unos punzantes versos titulados “*Lo que era Jesús y lo que es el Presidente*”, donde, con una insinuación estu-

penda, se daba a entender la imagen de Federico Errázuriz Echaurren como la del Anti-Cristo:

*"Jesucristo el socialista
sus limosnas repartía
tanto al uno como al otro
a ninguno distinguía.
Pero nuestro Presidente
con muchísima cautela
se reparte del dinero
con toda la parentela.
Jesucristo a los apóstoles
que tenía convertidos
les decía dad al pobre uno
si es que tengáis dos vestidos.
Pero nuestro Presidente
usa la ley del embudo
lo menos tendrá cincuenta
y el pobre pueblo desnudo.
Jesucristo con tres peces
a miles satisfacía,
pues daba de corazón
todito cuanto obtenía.
Pero nuestro Presidente
al burgués es igualito,
si en él estuviera, al pobre
se lo comería frito.
Jesucristo amante al pobre
al enfermo mejoraba;
con nadie tuvo rencor
pues de veras los amaba.
Pero nuestro Presidente
a todito esto es ajeno,
si por él fuera, a los pobres,
a todos daba veneno.
.....*

*Y así nuestro mandatario
al morir ¿se salvará?
un fondo de plomo hirviendo
el Diablo le brindará”.*

El mundo religioso familiar de Clotario Blest no pasaba por el de la oligarquía conservadora y su proyecto político—eclesiástico, que, al tiempo de nacer Clotario, era casi el proyecto de la familia Errázuriz (Errázuriz E. Presidente de Chile, C. Errázuriz Valdivieso, gran “confesor” de la aristocracia, Rafael Errázuriz Urmeneta, a partir de 1907, embajador de Chile en el Vaticano, etc, etc).

Ni por las influencias paternas ni maternas Clotario Blest tenía que ver con las esferas de la pastoral conservadora. Por la familia Blest tuvo un ancestro protestante, por la familia Riffo Bustos se vinculaba con el catolicismo popular tradicional chileno.

Su bisabuelo, Albert Blest, nacido en Sligo (Irlanda), en el siglo XVIII, pertenecía a una familia protestante. Rechazando la Iglesia y la religión de su familia por encontrarla muy hipócrita, junto a un pequeño industrial de Escocia (Mr. Maiben) fundó numerosas comunidades cristianas inspiradas en la Biblia (Andrew Maiben era presbiteriano y había creado hacia 1780 la “Independent Church” en Sligo: Albert Blest fue su principal discípulo). Blest llegó a ser el agente principal en Irlanda de “The Hibernian Society”, una fundación dedicada a la difusión de la Biblia y la promoción de su lectura, con sede en Dublín (7 bisbis).

Su hijo Guillermo, también fervoroso protestante, se trasladó a Chile hacia 1823, fundando la familia Blest en Chile. Como médico, fundó la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, y en 1827 bendijo sus argollas matrimoniales el principal eclesiástico

partidario de la Independencia Nacional, Monseñor José Ignacio Cienfuegos. Cuando Francisco Bilbao armó la batahola contra la sociedad oligárquico—católica de Chile en los años 40, Guillermo Blest apareció públicamente apoyándolo (por lo cual tuvo que rendir cuentas ante la autoridad universitaria). No hay duda que el abuelo de Clotario Blest se identificó con ese mundo protestante y liberal mirado con espanto por el clero conservador del país.

Su tío Alberto Blest Gana, el gran escritor romántico, siguió las mismas huellas de distancia y crítica frente a la Iglesia conservadora en su etapa de agresivos orígenes. La *Revista Católica*, órgano oficial de la Iglesia conservadora, criticó los comienzos de la carrera literaria de Blest Gana calificándolo de autor inmoral (*Revista Católica*, 21.10.1853). Con el tiempo, en el momento más duro del enfrentamiento entre el proyecto eclesiástico conservador y las ideas liberales, al comenzar la década de los 80, Alberto Blest Gana peleó incanzablemente en el Vaticano (era enviado especial del gobierno chileno) para evitar que se nombrara a Monseñor Larrain Gandarillas como Arzobispo de Santiago. Las gestiones de Blest estaban directamente encaminadas a desbaratar, en el más alto nivel posible, el proyecto político—religioso de la Iglesia conservadora chilena. En esta misión diplomática, Blest pudo conocer por dentro, y censurar también, más allá de las apariencias, la política del Vaticano. Por ejemplo, en 1879, recién comenzado el pontificado de León XIII decía:

“Yo tengo la convicción de que padecen un error los que se figuraron que el viento del liberalismo iba a soplar para el Vaticano con la entrada de León XIII. Lo que

yo he visto, lo que yo he hablado, lo que yo he palpado me infunde la contraria convicción" (8).

Para el catolicismo conservador criollo, como consignó Abdón Cifuentes, Blest había recibido en encargo de "difamar a la curia y al clero de Chile".

Doña Luz Blest Gana, el contacto más permanente y familiar que tuvo Alberto Blest Gana con Chile hasta su muerte en 1920, estuvo presente como testigo, en 1898, en el matrimonio de los padres de Clotario Blest. Doña Luz, fallecida en 1926, fue el nexo entre el viejo y famoso tío en Europa y la familia directa de Don Clotario.

Por el lado materno Clotario Blest recibió un tipo de cristianismo popular y devoto, no al modo del catolicismo conservador romanizado, sino de un ancestro mucho más antiguo, que entroncaba con la piedad hispana y popular, fervorosa de una intimidad con Dios y con el prójimo (manifiesta en la solidaridad con los pobres). Esta "religiosidad popular", de origen español, nunca se sintió excesivamente identificada con la institución eclesiástica, y se desarrolló, como en mejor suelo, en la provincia, en el Sur, de donde provenía su madre Leopoldina Riffo Bustos. Ella será para Clotario un explícito modelo religioso de "santidad", como él mismo afirma permanentemente.

Doña Leopoldina, proveniente de una antigua familia Bustos de la localidad de Quirihue, se desempeñó como educadora y Directora de Escuela Fiscal. Su religiosidad se podría sintetizar en una fervorosa relación con Dios, a través de la práctica asidua de la oración, y en una cotidiana práctica de la solidaridad con los pobres, como lo manifestó al cuidar a los niños de los cesantes en los albergues de Santiago durante la crisis salitrera de los años 30, y dar el almuerzo a los niños de un colegio salesiano de la capital.

Clotario Blest tuvo un contacto estrecho con esta religiosidad popular sureña, de ancestro español, a través de su abuela materna, Victoria Natividad Bustos, quien tenía peculiares e intensas prácticas de oración (un sistema mensual del rezo del Padrenuestro, que iba aumentando en número en la misma proporción que los días del mes). Don Clotario también califica a su abuela materna como una "santa". La intensidad social y religiosa de su familia materna queda reflejada en el propio bautizo de Clotario, el 17 de diciembre de 1899. Sus padrinos fueron dos hermanos de su madre: Clotario y Ana Riffo Bustos, heredando del primero su propio nombre (Clotario Riffo Bustos había incursionado sin éxito en la carrera eclesiástica, por 1884 era seminarista en Santiago, pero finalmente siguió la profesión de médico) (9).

Don Clotario fue bautizado en la parroquia de Santa Ana, céntrica iglesia santiaguina controlada por entonces, y nada de raro, por la oligarquía católica. En 1901 la Archicofradía del Santísimo Sacramento—la organización parroquial de laicos privilegiada por la pastoral conservadora—estaba dirigida por potentados católicos como Alberto Valdés Errázuriz, Ramón Echazarreta, Luis Bezanilla, entre otros.

Hijo de una familia modesta, Clotario Blest debió sufrir en su infancia la "ignominia" de ser pobre en el Santiago oligárquico y capitalista del 900. Sus zapatos rotos de estudiante fueron motivo de "humillación" allá por 1907. Ser "pobre" era una forma flagrante de transgredir el orden de los ricos. Clotario lo sintió desde entonces para toda su vida. Quizás allí se le quedó grabada por primera vez el drama de la lucha de clases. A los 80 años de edad Clotario Blest recordaba:

"Tenía aun 8 años cuando en una escuela a la cual yo asistía, y este dato se los cuento porque me impresionó mucho. . . Me recuerdo todavía cuando llegué a la escuela, una escuela elemental que había por ahí cerca de Moneda. El director de la escuela convocó a todos los alumnos al patio para que vinieran, y ahí se reunieron todos los muchachos, éramos como 200, y el director de la escuela con no sé qué criterio dice: "Clotario Blest que salga al frente! Ustedes comprenderán que una cosa así a un muchacho de ocho años lo inhibe completamente. Yo no sabía de que se trataba. Y me dice: '¿Por qué andas con los zapatos rotos?! Yo me turbé todo y le dije: ¡Señor, porque soy pobre!. Esa fue toda mi contestación.

Aquella impresión a esa edad se marca muy hondamente en el corazón del niño y esa humillación, que fue una humillación en aquella edad, aún la recuerdo"
(10 bis).

Durante todos los primeros años de vida de Clotario Blest, el proyecto político—religioso conservador aplastaba a la verdadera Iglesia de Jesucristo y a los pobres. El *Diario Ilustrado*, portavoz de la oligarquía católica, justificaba la represión al movimiento obrero naciente, en 1903, 1905, 1906, y hasta la matanza de Santa María de Iquique en 1907! Un eclesiástico típicamente conservador (párroco de San Miguel de Santiago de 1881 a 1913), Miguel León Prado, llamaba a los obreros a abandonar sus organizaciones de clase, y el clero adoctrinaba en la "Sociedad de Obreros de San José" a los trabajadores a aprender a sufrir en esta vida pues "es providencia sapientísima del Señor el amargar la vida del hombre sobre la tierra". como decía un "Manual del Josefino" en 1909 (11).

Esencialmente preservado de esta amargante "religiosidad oligárquica" gracias a la vital y fervorosa "religiosidad popular" de las mujeres de la familia, Clotario Blest pudo formar su espíritu cristiano (la fuerza de la religiosidad femenina familiar se muestra en la vocación religiosa de su hermana, quien ingresó a la vida conventual como religiosa del Buen Pastor, con un exigente espíritu de pobreza, al punto de desear morir en una sala común de hospital).

Falta completar el mundo religioso familiar de Clotario Blest con una referencia a su padre. Ricardo Blest Ugarte. El murió en 1906 cuando Clotario apenas contaba 6 o 7 años de edad. Al parecer su vida estuvo marcada por el sufrimiento, y así llegó al final de sus días cargando con un oscuro destino de militar. Su religiosidad era popular, y se expresaba cargando una cruz para Semana Santa, durante las imponentes y multitudinarias procesiones por la Alameda. Especialmente la "Procesión del Santo Sepulcro" en la noche del Viernes Santo.

La presencia del Ejército en la familia de Clotario Blest acentuó su tono lúgubre al suicidarse su hermano militar, lejos de su madre y sus hermanos, en plena juventud, en Punta Arenas, desesperado por la infeliz y estúpida vida que llevaba en el regimiento.

c) CLOTARIO BLEST, SEMINARISTA REBELDE

Desde 1910 hasta 1921 Clotario Blest estudió en los Seminarios de Santiago y Concepción, los dos centros de formación eclesiástica diocesana más importantes del país. En estos diez años, Don Clotario conoció por dentro a una Iglesia católica que comenzaba a vivir inexorablemente la decadencia de su proyecto conservador, en medio de un país que reclamaba democratización.

En un primer momento en Santiago, de 1910 a 1918, y en un segundo momento más breve en Concepción, de 1918 a 1921, Blest conoció las tendencias principales de esta Iglesia que, ante los agrietamientos del orden oligárquico, emprendió o su endurecimiento conservador (la línea de Concepción con el Obispo Fuenzalida) o su apertura tímidamente "*demócrata cristiana*" a los sectores no-oligárquicos (el mundo eclesiástico santiaguino bajo el gobierno de José Ignacio González Eyzaguirre, arzobispo de Santiago de 1908 a 1918).

La década de los años 10 en Chile se podría caracterizar por una lenta pero segura influencia internacional de los Estados Unidos de Norteamérica (en 1913 se instala William Braden, empresario capitalista del cobre, en El Teniente, etc.) (11 bis), y un agitado clima popular de protestas obreras contra la dominación capitalista oligárquica. Se ha podido establecer que entre 1911 y 1920 hubo cerca de 300 luchas violentas en Chile en que participaron alrededor de 150.000 obreros (12). En la década del 10 la organización política del proletariado nacional dio un gran paso al fundarse el Partido Obrero Socialista (POS) en 1912 con dirigentes fogueados en la Pampa salitrera como Luis Emilio Recabarren, Elías Laferte, o Luis Víctor Cruz. Este partido de los trabajadores se definió como una organización laica, y en su programa político exigió la confiscación de los cuantiosos bienes de la Iglesia y la separación de la Iglesia y el Estado. Para el POS, la Iglesia, aliada al Estado capitalista, era la peor enemiga de la emancipación de los trabajadores, como decía en 1919 uno de sus órganos *La Bandera Roja*, de Santiago (13).

La crítica socialista al proyecto político-religioso de la Iglesia se puede resumir en la enérgica denuncia

que hizo en 1910 Luis Emilio Recabarren a una conferencia dada en el Centro Conservador por un representante de la oligarquía católica, Francisco Valdés Vergara. Recabarren sostuvo que los conservadores, con una crueldad enorme, presentaban a Dios como fundamento de la injusticia:

“¡Qué cruel es presentar a Dios fundador y sostenedor de todas las injusticias!”
(Luis Emilio Recabarren).

Lo más destacable del discurso de Recabarren de 1910 es su afirmación de que la Iglesia Católica, al estar sometida al orden capitalista oligárquico, no podía amar verdaderamente ni a Dios ni al prójimo, de modo tal que, sin desconocer su buena intención, la Iglesia transformaba su pastoral en una evangelización falaz:

“Ese amor que se predica no se practica, y no es que no se practique por falta de voluntad o de intención, sino que no se practica porque el régimen en que vivimos no lo permite. . . ¿Cómo podrá haber amor verdadero en la acción entre el explotador y el explotado, . . .? Por mucho empeño que dentro del orden actual se ponga para llevar a la práctica el amor al prójimo, no se conseguirá nada, salvo la hipocresía, la ficción de amor. . . Cuando desaparezca este orden social basado en la injusticia, entonces brillará en el cielo de la humanidad redimida el verdadero amor al prójimo que establecerá la igualdad sincera y natural. . .

El mundo creyente no ama al prójimo, por la defectuosa organización social que tolera y que consagra; entonces tampoco puede amar a Dios. . .

Se ha constituido en una hipocresía este mandamiento de amar al prójimo. . . Porque se finge amar. Por que se ama de palabras, sin hechos. Porque la caridad, que no extingue el mal social, y que es con lo que se pretende practicar el amor, es una acción establecida para fingir que se ama. . . la sociedad creyente se ve obligada a expresar amor y no pudiendo practicar lo finge. De allí la hipocresía" (14). (Luis Emilio Recabarren).

A la larga Recabarren criticaba a la Iglesia por su impotencia con respecto a su propia misión evangelizadora. Recabarren criticaba, a la Iglesia desde el mismo Evangelio. Su discurso era así un desafío válido para los cristianos. Clotario Blest tomará en serio ese desafío.

La Jerarquía eclesiástica de los años 10, por su parte, veía como una misión pastoral de primer orden la cohesión del bloque oligárquico. El Arzobispo González Eyzaguirre informaba al Papa en 1914 que satisfactoriamente su clero de Santiago había logrado **"unir las voluntades de la aristocracia"** (15). Al año siguiente, en 1915, el órgano oficial de la Jerarquía eclesiástica, la **Revista Católica**, apoyaba al banquero liberal Juan Luis Sanfuentes como candidato a la Presidencia de la República (16).

Por aquella época la aristocracia católica copaba los principales templos capitalinos, y así, gráficamente ocupaba el *"espacio sagrado"* de la Iglesia de Santiago.

La revista **"Sucesos"** comentaba en 1915 la asistencia dominical al templo de San Agustín como

"punto de reunión de la sociedad elegante que en el vestir no hace gala de intensas modestias. Las vistosas y ricas 'toilettes' dan a entender cuán bien se hermanan, el culto del paupérrimo y divino Jesús de Galilea y los frágiles contornos del último y primoroso figurín" (17).

Para esta Iglesia oligárquica la presencia del pobre, del pueblo trabajador, perdía todo su carácter inquietante, desafiante, y de exterioridad (como un Otro distinto), al envolverlo en todo momento con el manto paternalista y paralizante de la *"beneficencia"*. En 1910 **"El Diario Ilustrado"** señalaba que las *"obras de beneficencia"* (la ficción de amor, como decía Recabarren!) cubrían totalmente la vida y la muerte de los pobres:

"Coge al infante en los orfanatos y casas-cunas, lo enseña, lo lleva al taller, lo sustrae al vicio en los patronatos, lo atiende en sus enfermedades en sus dispensarios, le ofrece casa higiénica en sus construcciones obreras, lo socorre en sus miserias con las Sociedades de Dolores y Conferencias de San Vicente, le abre cajas de seguro y socorro en sus sociedades de ayuda mutua, lo hace propietario en su Institución León XIII, y finalmente cierra sus ojos con los consuelos de la religión y le da piadosa sepultura en sus tumbas sociales" (18).

Sin embargo esta concepción de la *"pastoral social"* ya no resistía los desafíos históricos de los años 10. Las grietas crecientes del capitalismo oligárquico hicieron que la Jerarquía eclesiástica se abriera al mundo no-oligárquico, bajo el slogan de *"ir al pueblo"*, y allí abajo recomponer la armonía y la paz social con el espíritu de la *"Democracia Cristiana"*. Como ya lo había dicho León XIII en 1889 con ocasión de las huelgas obreras en Inglaterra:

"Oponed asociaciones populares cristianas a las socialistas; de vosotros depende que la democracia sea cristiana; salid de las sacristías, id al pueblo". (León XIII)

En Chile el más señero precursor de este espíritu eclesiástico *"demócrata cristiano"* fue Rafael Edwards Salas, proveniente de la más poderosa y astuta estirpe capitalista del país (los Edwards). En 1898 con gran clarividencia tradujo y publicó en Chile el texto de Toniolo *"La verdadera democracia. La Democracia Cristiana"*, y en 1907 proponía el concepto como la fórmula para contener al socialismo (cf. *El Diario Popular*, 14.5.1907): En 1909 durante la Convención del Partido Conservador pidió que el partido ensanchara *"su acción en favor del pueblo y que por ningún motivo dejase que otro de los partidos se adueñara del elemento obrero"*, oponiéndose a los conservadores menos perspicaces (19). Rafael Edwards se puso a trabajar personalmente en la base (de 1905 a 1913 como párroco de La Estampa), promoviendo en el barrio Recoleta la presencia del Partido Conservador entre los grupos populares del sector, utilizando el lenguaje *"demócrata cristiano"*. En 1917 un periódico vocero de las organizaciones *"obreras"* conserva-

doras de Santiago (más que obreras eran de pequeños comerciantes, dueños de talleres, etc.), "El Ideal Social. Organo de la Democracia Cristiana" señalaba que la "Democracia Cristiana" "es la única sana, la única verdadera, la única que desea la evolución por el bien y por medios pasivos y razonados" y que "el primer demócrata cristiano, Jesucristo, fue como lo dice el Evangelio, manso y humilde cordero que todo lo consiguió por el amor a Dios y sus hermanos" (20).

Rafael Edwards, con su ideario "demócrata cristiano", expresó la cara más renovada y engañadora de la pastoral conservadora como defensa eclesial del capitalismo oligárquico en decadencia. En los años 20 lo encontraremos con todo su poder, junto a su tío el Arzobispo Errázuriz, y en relación directa con Clotario Blest.

Dentro de esta apertura "demócrata cristiana" de los años 10 se dio una figura mucho más suelta, o mejor, más preocupada directamente de organizar sindicatos católicos que de asegurar por la base la hegemonía conservadora, al estilo de Edwards. Esa figura fue el jesuita **Fernando Vives Solar**, quien **promovió por entonces la sindicalización de la mujer trabajadora** especialmente. Más que trabajar políticamente con los sectores de clase media baja (como lo hiciera Edwards), Vives enfrentó la **organización gremial de la mujer proletaria**. Este tipo de pastoral, más social que política, y que a la larga iba a enfrentarse al poder de la dominación, fue inaceptable para el proyecto conservador de la época, y de este modo el precursor Padre Vives fue alejado del país en dos oportunidades, en 1912 y 1918, por las presiones de la oligarquía católica. Las organizaciones gremiales alentadas por el jesuita fueron absorbidas y eliminadas por los círculos allegados a Monseñor Edwards, quien controló a par-

tir de los años 20 la *"acción social católica"* del Arzobispado de Santiago.

La presencia de **Clotario Blest en el Seminario** de Santiago, de 1910 a 1918, fue vista por las autoridades conservadoras de la Iglesia, como una presencia rebelde, inquietante, y, por eso, finalmente, se decidió trasladarlo a Concepción, donde se implantó en 1918 una dirección pastoral conservadora a ultranza.

La vena de rebeldía ya presente en el joven Clotario Blest se manifestó tempranamente en 1913 cuando en el severo colegio fundado por Monseñor Larraín Gandarillas hacía más de medio siglo, los estudiantes del curso de Clotario se concertaron para burlarse del Rector Fuenzalida Guzmán, negándose a contestar las preguntas del examen de Historia (curso que daba el Rector) y reemplazarlas por otras elaboradas por los alumnos. Este suceso juvenil de rebeldía festiva y burlesca, que mereció un castigo por parte de las autoridades del Seminario, dio nombradía al curso de Clotario Blest, que fue llamado desde entonces el *"Curso de los Federados"*, asociándolo a las atrevidas protestas de los estudiantes universitarios en 1913 contra Monseñor Sibilia, un funcionario del Vaticano que recibió por entonces agudas manifestaciones públicas de rechazo.

Entre 1914 y 1917 Clotario Blest se hizo de una amistad muy peligrosa a juicio de las autoridades del Seminario. Clotario se hace amigo del Padre Fernando Vives Solar, el jesuita de la sindicalización del proletariado. Este lo anima a perseverar en la vocación sacerdotal, y a hacer del sacerdocio una consagración total a la causa de los pobres, y a la organización del pueblo obrero. El Padre Vives vivía por entonces en Chile en medio de dos destierros, el de 1912 y el de 1918. Como adivinando su corta permanencia en el país se

dedicó apresuradamente a organizar a la mujer trabajadora de Santiago. En 1914 creó el Sindicato de Empleadas de Comercio, que reunía a las mujeres que trabajaban en importantes tiendas céntricas como Gath y Chaves, Muzard, y otras, o en servicios del Estado como Correos y el Telégrafo (véase **"La Sindicada Católica"**, periódico publicado entre 1915 y 1918). En 1915 crea el Sindicato de la Aguja para organizar a las costureras, alcanzando a tener 500 asociadas a fines de 1917 (véase **"La Obrera Sindicada"**, periódico de 1917). Por 1917 el Padre Vives se instala en pleno centro de Santiago (calle Teatinos, entre Huérfanos y Compañía), con una oficina de asistencia sindical a los trabajadores. Todo esto colmó la paciencia de los oligarcas conservadores y así en enero de 1918 el Padre Vives debió abandonar bruscamente el país.

El año 1918 marcó una dispersión, un alejamiento entre Vives Solar y Clotario Blest. Vives partía a España (no volvería a Chile sino hasta 1931), y Clotario fue alejado del Seminario de Santiago. El Vicario Capitular de la Arquidiócesis, Monseñor Manuel Mesa (un viejo eclesiástico, que había peleado en la Guerra del Pacífico), no quería saber nada de Clotario Blest, y determinó que fuera llevado a Concepción, junto al nuevo Obispo y ex-Rector del Seminario de Santiago, Gilberto Fuenzalida, un conservador intransigente.

Con todo, en 1918, después de haber rendido su Bachillerato, Clotario Blest había decidido firmemente abrazar la carrera sacerdotal, y así el 25 de septiembre de ese año el Obispo de La Serena Carlos Silva Cotapos le confirió solemnemente la tonsura (20).

Sin embargo, la situación eclesiástica de Concepción se volvería insoportablemente conservadora, y a Clotario finalmente le cerraron todas las puertas para

continuar sus estudios.

El Obispo Gilberto Fuenzalida era un intelectual de la pastoral conservadora. Se había doctorado en teología por la Universidad Gregoriana de Roma y había acompañado al Arzobispo Casanova en el Concilio Latinoamericano de Roma en 1899. Al llegar a Concepción el nuevo Prelado manifestó toda su angustia por el derrumbe de la sociedad tradicional católica. En su **"Pastoral de toma de posesión de la diócesis"** advierte que eso se manifiesta en el surgimiento de la lucha de clases y en el alejamiento de los obreros del mensaje eclesial:

"Los obreros son despojados de sus esperanzas inmórtales y no tienen compensaciones para la dureza de su vida"
(Obispo Fuenzalida Guzmán, en 1918).

En 1919 en su carta pastoral **"Sobre el trabajo y la unión de los católicos"** reitera su pesadumbre por la zozobra del régimen oligárquico, y llamó, así, a recomponer el proyecto político-religioso conservador:

"Cómo desaparece la concordia humana para ser reemplazada por enconada lucha de clases; cómo pierde la autoridad su ascendente, y la ley su majestad, y su carácter sagrado el derecho. . ."
(Obispo Fuenzalida Guzmán, en 1919).

A fin de revitalizar su proyecto político-religioso el Obispo Fuenzalida, dentro de su estilo autoritario y jerárquico, fortaleció sus vinculaciones con el poder civil y eclesial, a través de un estrechamiento de relaciones con todas las autoridades locales (los **"caballeros"** del Obispado, terratenientes, intendentes,

dueños de establecimientos mineros, como los Lyon Cousiño de Lota, etc.) (21), y un fortalecimiento del clero local (era enormemente grande la falta de clero en Concepción durante la época, Fuenzalida calculó que en la población total de 1.400.000 habitantes existían sólo 100 sacerdotes diocesanos) (22).

Por esto último Fuenzalida veía su Seminario con especial predilección. Y, de acuerdo a sus ideas romanizadas, acentuó la formación en la lengua latina, el Canto Gregoriano, y la filosofía y teología tomistas. El rectorado del Seminario se lo confió a Alfredo Cifuentes Gómez, un tenaz conservador (hijo del patriarca conservador Abdón Cifuentes). El Rector se destacó por su fidelidad política conservadora y su favoritismo por el pequeño grupo de alumnos santiaguinos, lo que ofendía el orgullo penquista.

Ambas razones hicieron de Clotario Blest un permanente enemigo del Rector. Se puso resueltamente de parte de los penquistas postergados, y, juntando a todos los alumnos del Seminario, encabezó una marcha por los corredores y galerías del establecimiento, protestando por el favoritismo santiaguino de Cifuentes. Aún más, a éste lo encerraron, y tuvo que escapar por una ventana para dar noticia de la situación al Obispo. En otra oportunidad, Clotario Blest se negó a acatar una orden del Rector en términos de que todos los seminaristas debían salir a hacer propaganda política conservadora (Fuenzalida era enfático al respecto, con ocasión de las elecciones de 1920 publicó una **"Circular en que se ordenan preces por el buen resultado de las próximas elecciones"**). El secretario del Obispado, Miguel Angel Alvear, era delegado de la autoridad eclesiástica ante un Club Popular Conservador de la región, etc.

Con sus atrevidas actuaciones Clotario Blest impedía y obstruía elocuentemente el proyecto pastoral de la Jerarquía conservadora. Todo ello colmó la medida de las autoridades diocesanas. Hacia 1921 el Rector Alfredo Cifuentes determinó, a pesar de la cuantiosa y lamentada escasez sacerdotal en la región, alejar a Clotario del Seminario.

Esta determinación conturbó mucho a Blest, quien deseaba seguir el sacerdocio para así consagrarse completamente a los obreros, como se lo insinuaba el Padre Vives Solar. Pero él mismo, desde el exilio, lo ayudó a calmarse espiritualmente y a seguir buscando, con serenidad, los caminos de Dios. En una carta le decía:

“Mi querido Clotario. . .: yo siempre he creído que Ud. erró su vocación, pues debió ser sacerdote, esto le ha traído grandes perturbaciones, pero Dios le espera, olvida todo el pasado y quiere tomarle de nuevo adonde está estremando la nota de amor y misericordia. Vuélvase a El con humildad y resolución y encontrará la paz que le hace falta. . . Ya sabe que Ud. para mí es un hijo muy querido, casi puedo decir mi lado flaco. Deseo vivamente verlo salir de ese estado de inquietud tan perjudicial para su cuerpo y para su alma. Suyo siempre. Fernando Vives Solar, s.j.”

d) CLOTARIO BLEST EN EL MOVIMIENTO SOCIAL CATOLICO DE LOS AÑOS 20.

Durante los años 20 sobrevinieron sobre Chile profundas transformaciones sociales que tuvieron que ver con los importantes cambios económicos y políticos

que suponía la decadencia del imperialismo inglés y la fuerza nueva y pujante del imperialismo norteamericano.

La década del 20 presencia la declinación del salitre (que deja a más de 40.000 obreros en la cesantía), y el aumento colosal de las inversiones de EE.UU. (de 15 millones de dólares en 1912, a 451 millones en 1928, y 700 millones en 1930). Estas transformaciones económicas tuvieron que operar drásticos giros de timón en la política chilena, que estuvieron representados por las figuras de Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez. Ambos abrieron paso al imperialismo norteamericano, luchando tanto contra la vieja oligarquía pro-inglesa, como contra el movimiento popular socialista.

Esta nueva *'disciplina'* política la expresó magistralmente Arturo Alessandri en su Programa presidencial de 1920 cuando se irguió como una *"amenaza"*, al mismo tiempo, para la oligarquía cómoda y poco perspicaz, y para el movimiento obrero revolucionario (para este último le dedicó aquella famosa frase: *"el odio es estéril y sólo el amor es fecundo"*: esta sentencia quedó desmentida, al año siguiente, en 1921, con la matanza obrera en San Gregorio). Alessandri orientó directamente su política económica con la asesoría de EE.UU., y por otro lado, orientó su política social para atraerse a los grupos medios y populares. Su espíritu **inauguraba en Chile otra forma de dominación capitalista, no ya el "excluyente" capitalismo oligárquico sino que el "atrayente" capitalismo democrático.** Esta nueva *"ilusión"* del capitalismo fue denunciada lúcidamente en el año 20 por el Partido Obrero Socialista (POS) para quien Alessandri significaba *"la ascensión al poder de una nueva oligarquía que alucinando al pueblo trabajador con falsas prome-*

sas de un falso evolucionismo pretende por este camino conseguir el apoyo de las clases trabajadoras" (cit. por J. BARRIA, **Los movimientos sociales en Chile**, Santiago 1960, p. 388). El espíritu "*capitalista democrático*" de Alessandri acentuaba la idea de "**pacificación social**" para poner término a los agudos conflictos de clase que atravesaron al orden capitalista oligárquico.

Lo que no pudo o no alcanzó a hacer Alessandri en la primera mitad de la década (1920-1925) lo hizo Carlos Ibáñez con las FFAA en la segunda mitad (1926-1931). Ibáñez radicalizó el "*disciplinamiento*" político funcional al imperialismo norteamericano, extremando la nota en términos de "*amenazar*" a la vieja oligarquía y al movimiento obrero, como decía Alessandri. De la "*amenaza*" alessandrista, Ibáñez pasó a la represión abierta (deportó por un lado a señeros representantes del capitalismo oligárquico proinglés como Ross o Edwards MacClure, y desterró o "*fondeó*" a los principales dirigentes obreros y comunistas). Este espíritu más propio de un capitalismo fascista facilitó aún más la penetración del imperialismo norteamericano (permitió con gran facilidad la colocación del capital monopólico de EEUU, presencia de los Guggenheim en el salitre, etc.), atrajo más engañosamente a la clase media, y al más genuino estilo de Mussolini, fomentó el control sindical por el Estado.

La **estrategia pastoral de la Iglesia católica en los años 20** consistió, como última fase histórica del proyecto político-religioso conservador, en abrirse hábilmente al nuevo mundo político y social inaugurado por Alessandri, hacia un capitalismo democrático.

La Jerarquía católica, sobre todo en Santiago, presidida por el Arzobispo Errázuriz y su Obispo auxiliar

Edwards, auspicia un distanciamiento "*electoral*" entre la Iglesia y el decadente Partido Conservador, y sugiere que éste se ubique como un partido de centro (a fines de 1922 el Arzobispo emitió una pastoral sobre Iglesia y partidos políticos, en relación a lo primero; sobre lo segundo la posición de la **Revista Católica** en 1920) (23). La Jerarquía siguió defendiendo, con todo, no se debe olvidar, la militancia política conservadora de los católicos, como pudo verse en la resistencia de la **Revista Católica** a la creación del "*Partido Popular*" en 1921 y 1922, iniciativa de grupos "*demócrata cristianos*" más independientes.

También la Iglesia emprendió una guerra sin cuartel contra el movimiento obrero revolucionario, en particular contra dirigentes proletarios como Luis Emilio Recabarren (en 1923 la **Revista Católica** atacó despiadadamente sus opiniones sobre la URSS) o Luis Víctor Cruz.

En ocasiones la Iglesia consideró que la policía no era suficientemente dura para reprimir al naciente Partido Comunista (24), y todo ello, como dijo el Arzobispo Errázuriz en 1925 contestando al directorio de la Unión Social Católica una carta acerca de cómo combatir al comunismo, porque "*una de las cosas que más afligen mi corazón de Obispo en la triste época actual es el peligro del orden social*". (25).

Ante las represiones concretas de Alessandri contra los obreros, la Iglesia denuncia el "*comunismo soviético*" presente en el pueblo chileno, y llama a alinearse con los Estados Unidos. Después de la matanza obrera de San Gregorio en 1921 la **Revista Católica** sentenció:

"Pensemos en Rusia y temblemos. Miremos a Estados Unidos e imitemos" (26).

Junto a esta moderación política conservadora de la Iglesia, que salía al encuentro del proyecto de Alessandri Palma, la pastoral católica de los años 20 abrió un amplio frente en la sociedad civil, bajo el nombre de "*Acción Social Católica*", y con la inspiración ideológica de la "*Democracia Cristiana*", para incorporar a las clases medias y populares en el proyecto político-religioso conservador decadente. Este frente, formado por diversas iniciativas como Centros Juveniles, Centros Sociales, Círculos de Estudios, "Sindicatos Blancos", Semanas Sociales, celebraciones de la Fiesta del Trabajo Cristiano (en conmemoración de "*Rerum Novarum*", contra la celebración del 1º de Mayo, etc.), vino a dar un apoyo de masas a Alessandri y después también a Ibáñez.

Esta "*pastoral social*" llevó a su máxima expresión oficial en el Arzobispado de Santiago la certera intuición de Monseñor Edwards, que venía abriéndose paso en la conciencia eclesial desde los años 10. Ante la crisis del orden oligárquico y la rebelión popular de los años 20 Edwards llama a una pastoral de "**pacificación social**" (idea tan querida por Alessandri), de cuño conservador, pues como él mismo decía, era ante todo un "*tradicionalista*" (26). Contando con la plena y total confianza de monseñor Errázuriz, Edwards dirigió la "*Acción Social Católica*" del Arzobispado y respaldó íntegramente la "*legislación social*" promulgada por Alessandri en 1924 (27).

No cabe duda que, en el fondo y en la forma, la política social de Arturo Alessandri y la pastoral social de la Iglesia (Edwards) coincidían plenamente en la búsqueda del afianzamiento de una "*paz social*" que acabara con los enfrentamientos entre la burguesía y el pueblo.

Las iniciativas más resueltas de la *"Acción Social Católica"* de los años 20 fueron la organización de *"Sindicatos Blancos"* (se trataba de enarbolar *"la blanca enseña de la paz social"*, en contra de los sindicatos *"rojos"* que representaban los intereses de las clases oprimidas, y en contra de los sindicatos *"amarillos"*, representantes de los intereses de las clases dominantes). Este tipo de sindicalización *"demócrata cristiana"* se basaba en el programa corporativista que diseñó el Obispo Miguel Claro al mes después de haber salido elegido Alessandri Presidente de la República (los puntos 12 y 13 de su *"Programa doctrinal y de acción"* diseñaban los sindicatos católicos de obreros como instrumentos de *"pacificación social"* en conformidad a la *"Doctrina de la Democracia Cristiana"*) (28). La acción más relevante de estos *"Sindicatos Blancos"* fue conseguir trabajo a los cesantes de la década (en 1924 la Bolsa de Trabajo colocó a 2.650 obreros y en 1928 a cerca de 4.000 personas).

Un eclesiástico que estudió especialmente la acción católica obrera en Europa y América del Norte por los años 20, para aplicarla en Chile, fue José María Caro (para el futuro Cardenal chileno los sindicatos católicos eran una necesidad *"absoluta y urgente"*, y proponía llegar a agruparlos en una confederación internacional *"para dar a la organización católica tanta fuerza como a la socialista"*) (29). En 1926 la Revista Católica llegó a dar la palabra al exiliado Padre Fernando Vives para que relatara sus conocimientos sobre sindicalismo católico en Europa, con tal de levantar una alternativa *"pacífica"* al sindicalismo revolucionario (30).

El sindicalismo obrero católico de los 20 le hizo franca competencia al sindicalismo revolucionario. Organizó una celebración paralela al 1º de Mayo (la

fiesta del "*Trabajo Cristiano*", que conmemoraba los aniversarios de "*Rerum Novarum*", presidida por el Nuncio), y creó un cancionero popular que evocaba la himnología revolucionaria (el himno de los obreros católicos: "*Al viento la bandera / de redención social*"') (31).

Durante la dictadura de Ibáñez se desarrolló una Unión Católica de Obreros y Empleados de Chile (UCOECH), fundada en 1927. Contando con alrededor de 4.500 integrantes, en 1928 se empeñó por establecer en Chile la fiesta de Jesús Obrero (31). En los años siguientes se fue colocando en una postura de adhesión política a la dictadura ibañista. Y sirvió así de base social al modelo fascista por ésta implementado.

La pastoral social de la Iglesia católica, dirigida sustancialmente por la oligarquía, se sintió más cercana al modelo político de Alessandri que al de Ibáñez (el mundo de Alessandri era, al final, de convivencia y tolerancia con el conjunto del bloque oligárquico, en cambio Ibáñez era más desenfadadamente mesocrático). Con todo, existió por entonces una personalidad eclesiástica que llevó la "*Acción Social Católica*" por un derrotero marcadamente anticonservador y antioligárquico, y, por ende, más proclive al mundo de la clase media y de la política corporativa integral. El fue el sacerdote **Guillermo Viviani Contreras**, nacido en Chillán, mal mirado por los conductores del proyecto político-conservador en la Iglesia. A la inversa de ellos, Viviani se sintió más atraído por Ibáñez que por Alessandri, y más atraído por el Fascismo que por la Democracia. Concretamente llegó a ser funcionario en la implementación del modelo fascista de la dictadura, en la Oficina del Trabajo.

Clotario Blest, ya dejado atrás el intento frustrado por seguir la vocación sacerdotal, **se volcó de lleno en el movimiento social católico de los años 20**. Su presencia se puede analizar en dos etapas, durante el gobierno de Alessandri (entre 1922 y 1925), y durante la dictadura de Ibáñez (entre 1927 y 1930). En ambos momentos se colocó en una postura crítica frente a la pastoral social dominante.

Durante el gobierno de Alessandri, y la euforia "*demócrata cristiana*" conservadora alentada por Edwards, **Clotario Blest se vinculó a la expresión antioligárquica y anticonservadora de la acción social católica**, representada por el cura Viviani. De 1922 a 1925 Blest participa en tres iniciativas de este sacerdote: el Círculo de Estudios "*El Surco*" (en 1922 y 1925), la "*Casa de Pueblo*" (en 1925) y el "*Partido Popular*" (en 1925), vinculadas a la formación ideológica, la organización sindical, y la movilización política, respectivamente. En estas tres dimensiones **se incubaba una acción evangelizadora que rompía con el proyecto político-religioso conservador de la Iglesia**.

En el Círculo de Estudios "*El Surco*" la formación ideológica se basaba en un análisis de las clases de la sociedad chilena y en una reflexión del Evangelio. Todo ello confluía en una formación muy concreta y práctica (alternativa a la educación eclesiástica tradicional, abstracta y de principios). La autoridad eclesiástica reprimió esta actividad, ordenando el traslado del sacerdote Viviani a Valparaíso, a la parroquia del Barón, entre 1922 y 1924. Ante esta situación Clotario Blest y sus compañeros, contraviniendo las disposiciones canónicas de su tiempo, siguieron leyendo directamente el Evangelio sin la presencia de un sacerdote. El mismo Don Clotario recuerda esta formación peculiar de los años 20 destinada a:

“sacudir el polvo ancestral del pasado feudal más negro que conoce la historia de Chile y de la explotación más inhumana del hombre por el hombre, a la Iglesia Católica que a través de su jerarquía eclesiástica, Arzobispos, Obispos, Vicarios, Canónigos, etc., enervaba al pueblo cristiano de toda actitud o gesto de rebeldía o protesta en contra de tal estado de cosas. Las predicaciones, homilías, Pastorales, retiros o ejercicios espirituales, y toda acción piadosa, estaban determinadas a impregnar el alma de los cristianos de “mansedumbre”, “humildad”, “respeto”, “resignación”, etc., ante las desventuras de la vida y especialmente la “pobreza” ya que posteriormente, después de la “muerte”, tendríamos un “cielo” en el que seríamos “bienaventurados” por toda la eternidad. En resumen, el pobre debía resignarse a su pobreza y no sólo respetar a estas autoridades que le daban ocasión de ganarse ese “cielo”, sino que amarlo por cuanto toda autoridad era representante de Dios sobre la tierra. Todas estas enseñanzas tan “cristianas” iban, por supuesto, acompañadas del horror al infierno y a su “diablo” con cachos, cola y afilados dientes.

En esta triste época para nada jugaba el “amor” fraterno basado en la “justicia”, tal cual lo predicara Cristo en su breve paso por la tierra. Aquel Cristo que todos nosotros en nuestra juventud amábamos y admirábamos. Al Hijo del obrero

José y de la obrera María y, a El mismo que como obrero y rodeado de obreros recorriera los campos y las montañas de su patria predicando la Justicia y el Amor y condenando con frases de fuego a los hipócritas y fariseos y a los poderosos que aplastaban con su negra pezuña a los pobres y los humildes.

Esa juventud del año 20 se rebeló en contra de todo esto y denunció estas actitudes simoníacas de la autoridad eclesiástica. Esta acción juvenil se basaba en los llamados Círculos de Estudios que no eran otra cosa que la reunión de no más de 7 amigos o compañeros que semanalmente se juntaban después del trabajo a leer y comentar el Evangelio y a conversar y tomar resoluciones sobre los acontecimientos que agitaban el país o al mundo. Esta juventud no se intelectualizaba, sino que se enfervorizaba con la palabra de Cristo y "actuaba". A pesar de que según las disposiciones eclesiásticas, el Evangelio no podía leerse ni menos comentarse sin la presencia física de un sacerdote, nosotros procedíamos sin esta licencia, lo que en más de una ocasión nos significó severas reprimendas en el secreto de la "confesión". De todas estas amonestaciones y recriminaciones sacerdotales y hasta episcopales, nos consolábamos en Cristo, quien hablaba a nuestros corazones juveniles en estas reuniones fraternales de los Círculos de Estudios" (32).

La "**Casa del Pueblo**" había sido fundada por Guillermo Viviani en octubre de 1917 con el apoyo del Obispo Miguel Claro. Ubicada en Mapocho, en la calle Salas esquina con Andrés Bello, albergó a más de una decena de organizaciones obreras (estucadores, electricistas, hojalateros, gásfifers, albañiles de alcantari-llado, encontraron ahí un lugar donde reunirse). Clotario Blest, al vincularse a la "*Casa del Pueblo*", quiso crear allí una capillita con el nombre de "*Jesús Obrero*", pero la autoridad eclesiástica se lo impidió y clausuró la capilla, alegando que Blest no tenía autorización para colocarle nombre. Este le había manifiestado que "*para ponerle ese título no necesitaba autorización*" porque Cristo había sido sin duda un obrero, y eso no necesitaba autorización de la Jerarquía.

Hacia 1925 vemos entonces que Clotario Blest asume una rebelde postura de autonomía religiosa popular que transgrede sencillamente a la autoridad religiosa oficial.

La Jerarquía eclesiástica de Santiago, que veía con malos ojos a Viviani, redobló sus sospechas ante sus actividades, y volverá a hallar en Clotario Blest a un sujeto peligroso.

Con ocasión de las elecciones parlamentarias de 1925 que echaban a andar el nuevo Congreso Nacional regido por la Constitución del 25, Clotario escribió un artículo al respecto en el periódico de la "*Casa del Pueblo*" titulado **El Sindicalista**. Este artículo es muy interesante porque es el **primer mensaje público de Clotario Blest dedicado a los trabajadores chilenos**. En gran medida se trata de una crítica iracunda contra la política oficial de la Iglesia católica, mediada a través del Partido Conservador, que fue unido a liberales y radicales en un amplio frente burgués. Llama a todo este conjunto partidario "*falsos redentores del*

proletariado". Clotario llama a los trabajadores a desenmascarar a la oligarquía conservadora que utiliza la terminología "demócrata cristiana" para engañar al pueblo:

"Yo os llamo, compañeros sindicalistas, a intensificar nuestra campaña, a luchar con fe y tesón en la prosecución de nuestros puros ideales, a desenmascarar a aquellos que, abusando de nuestra enseña, se valen de ella únicamente para lucrarse y para conseguir deleznable fines. Nada hay que desacredite más una doctrina, por santa que sea, que verla predicar por gentes que proceden en todos sus actos precisamente contra sus mismos postulados y fines" (33).

Primer mensaje público de Clotario Blest a los trabajadores chilenos, a un año de la muerte de Luis Emilio Recabarren
(1925).

Esta posición pública de Blest se entiende mejor a través de su adhesión por entonces al "**Partido Popular**", una iniciativa del cura Viviani en 1921 destinada a agrupar políticamente a los sectores católicos de avanzada más allá de la militancia conservadora, sacando a los obreros católicos del compromiso político tradicional con la oligarquía. El "*Partido Popular*" se reconocía en la gran corriente histórica por la democracia, como superación del horizonte oligárquico-católico. Clotario llegó a ser pre-candidato a Diputado por Santiago del "*Partido Popular*" para las elecciones parlamentarias de 1925.

La **Revista Católica**, principal productor ideológico del proyecto político-religioso conservador, **acusó al**

“Partido Popular” como el intento de un *“grupo de obreros católicos”* por dividir a la masa obrera católica. En efecto, se trataba de romper con el monopolio conservador en la base popular. Dijo la **Revista Católica** en 1921:

“Un grupo de obreros católicos ha constituido últimamente un nuevo partido político, llamado Partido Popular. El nuevo partido ha hecho su declaración de principios, los que se basan en el orden social cristiano y comprenden numerosos puntos de doctrina relacionados con el trabajo. Todo su programa, punto por punto, está dentro de las doctrinas del Partido Conservador, por lo cual no vemos la necesidad de este nuevo partido, que viene a dividir a los obreros católicos para satisfacer ambiciones personales de pequeños caudillos.

Ni siquiera se puede tomar por pretexto de esta división, el que los conservadores no pongan en práctica sus doctrinas en favor del hombre de trabajo; porque, tanto sus parlamentarios en las cámaras como sus miembros en privado, se desviven por defender sus derechos y por aliviar sus necesidades físicas y morales” (34).

La **Revista Católica** estimaba por entonces que era aún la oligarquía la que salvaría al país. Decía el sacerdote Alejandro Vicuña en 1922:

"La única clase social llamada a salvar el país es la clase vieja, la que fue patriota y honrada. Vuelva pues la aristocracia de la sangre por sus dos compañeras abandonadas: la aristocracia del talento y la virtud" (35).

Durante la segunda mitad de los años 20 Clotario Blest buscó un nuevo modo de inserción en la "Acción Social Católica". Su inspirador de años anteriores, el cura Viviani, se fue tornando cada vez más políticamente pro-fascista, y llevado de su complejo antioligárquico anticonservador, se convertiría en funcionario de la dictadura de Ibáñez, al servicio del plan de estatización sindical o control de los sindicatos legales por la Dirección General del Trabajo, planes favorecidos por el Código del Trabajo de 1925. Viviani públicamente adhería al fascismo de Mussolini en artículos en "El Mercurio" y en conferencias en la Biblioteca Nacional (agosto 1926 y julio 1927 respectivamente).

Por todo esto Clotario Blest se apartó de este sacerdote y se incorporó a una institución oficial de la pastoral social de la Iglesia, y por ello más cercana a Monseñor Edwards: la **Unión de Centros de la Juventud Católica**. Esta institución, creada en 1920, tenía el sello del Obispo Edwards. Según las conclusiones de su primera asamblea, celebrada en 1921, sus integrantes debían ser elementos valiosos de "pacificación social" donde se borran "los límites de las odiosas diferencias de clases" (36). Se trataba de captar a sectores no-oligárquicos de la juventud católica. Durante su primera asamblea se realizó un desfile hacia el templo de la "Gratitud Nacional" donde se pronunciaron vivas al Nuncio, a la Democracia Cristiana, a Edwards,

y a los obreros católicos. En la segunda asamblea de la Unión, en 1926, se dio un especial saludo a los "*Sindicatos Blancos*" "*que luchan con energía por remediar las injusticias sociales por medio del amor y cooperación mutuas*" (37).

Clotario Blest ve en esta orientación una **posibilidad de movilizar al pueblo cristiano**, a los jóvenes empleados y obreros (él mismo era un joven empleado fiscal, desde que entró como trabajador de la Tesorería Fiscal de Santiago en 1922), más allá de la organización católica juvenil de la oligarquía conservadora, la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), creada en 1915 y muy favorecida por la Jerarquía eclesiástica. Clotario comprende la Unión de Centros como la posibilidad de **lanzar al pueblo cristiano contra la Jerarquía conservadora**. Incorpora para ello el símbolo de "**Jesús Obrero**" (que ya se usaba en Francia por entonces) pero **para distinguirlo y oponerlo al de "Cristo Rey"** que usaba la ANEC. Blest llega a la Presidencia de la Unión bajo la dictadura de Ibáñez, en 1927 y 1928, llegando a reunir 16 centros vinculados a parroquias populares de Santiago (Lourdes, Lo Negrete, La Estampa, San Miguel, Santa Filomena, San Gerardo, etc.).

Como presidente de la Unión en julio de 1927 Blest entregó al Obispo Rafael Edwards los Estatutos de la organización donde llama la atención la importancia dada a la **sindicalización** y a las **bolsas de trabajo**, ante la pavorosa cesantía de la época.

En una Semana Social de la Unión de Centros celebrada en 1927 Clotario Blest pronunció en el Teatro Municipal una vibrante "**Crítica del estado actual de la sociedad chilena**" ante la presencia de Rafael Edwards, Guillermo Viviani, Ricardo Salas Edwards, y otros connotados personajes del catolicismo social de

la década (38), y en el III Congreso Nacional de la Juventud Católica de Chile llevó la voz de la Unión de Centros para tratar el tema **"La juventud y sus responsabilidades ante el problema moral, desde el punto de vista sociológico"**, junto a expositores de otros temas como Eduardo Cruz Coke o Pedro Lira Urqueta (39).

Desde el exilio el Padre Fernando Vives, su querido maestro de los años 10, manifestaba a Clotario su cálido apoyo por estar presidiendo la Unión de Centros de la Juventud Católica. La alegría del jesuita, desde España, estaba en comprobar los cambios operados en la Iglesia chilena, en medio de una sociedad en transformación:

"Yo me alegro mucho del movimiento de esa juventud que usted preside; estamos en una época de renovación de valores y conviene situarse a la vanguardia del movimiento aprovechando la inmensa flexibilidad de la Iglesia para la que "uno es necesario" y todo lo demás es accidental y de ocasión: regímenes de gobierno, partidos políticos, modus operandi, etc. La juventud es la única que puede reaccionar fácilmente y acomodarse a las circunstancias. . . Dada la situación del mundo y de Chile en completa evolución, sería inmensamente funesto obstinarse en querer conservar las costumbres de tiempos de paz, que por otra parte, los católicos no supieron aprovechar y querer vencer al enemigo con armas y métodos ya anticuados. La juventud es la única que puede romper moldes

envejecidos, pero necesita expertos directores que la comprendan, la estimulen y la moderen" (40).

Sin embargo, la *"inmensa flexibilidad de la Iglesia"* chilena era más aparente que real. A escasos meses de esa carta, Clotario Blest renunciaba a la presidencia de la Unión de Centros por incompatibilidad de la línea llevada por él y Monseñor Edwards.

Clotario, durante su breve presidencia (1927-1928) impulsó una línea profética que atacaba sin tapujos a los hombres de confianza de Edwards como el sacerdote Samuel Díaz Ossa, un tenaz agitador político conservador, secretario de la *"Acción Social Católica"* del Arzobispado, capellán del Instituto León XIII, y emparentado con la oligarquía salitrera. En una oportunidad Díaz Ossa promovió con un **"Sindicato Blanco"** el quiebre de una huelga en la Pampa salitrera, ante lo cual Blest y su organización levantaron un **"Tribunal Popular"** que juzgó al sacerdote y a los miembros del *"Sindicato Blanco"* como *"Traidores a la clase obrera"* (Díaz Ossa había sido ya denunciado públicamente en 1923 por la *"Casa del Pueblo"* como vendido a la oligarquía conservadora) (41).

Además Clotario Blest buscó la **vinculación con todos los elementos contestatarios a la dominación oligárquico-conservadora**, aunque fueran no-católicos, pero que sí tuvieran un carácter popular. Así se asoció en **iniciativas comunes con Comunistas** (con Ricardo Fonseca, etc.) y **Protestantes** (el pastor Pedro Zotele).

En 1969 Clotario Blest recordaba así su participación en la Unión de Centros de la Juventud Católica:

"La Jerarquía eclesiástica de aquella época, como ocurre hoy con muy pequeñas

variantes, se oponía en forma directa o indirecta a nuestra acción renovadora dentro de las prácticas cristianas y a nuestra acción dentro de la sociedad por un cambio sustancial del régimen de explotación humana.

A pesar de esta oposición nos dedicamos con todo nuestro fervor juvenil a organizar a la juventud católica de los sectores de obreros y empleados dentro de las respectivas parroquias. La Iglesia se había preocupado de organizar a la juventud universitaria la que en su inmensa mayoría pertenecía a la aristocracia de nuestro país, a través de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC).

Es así como esta organización representaba a todo el "momiaje" de esa época, la que en su totalidad militaba o en el Partido Conservador o en el Partido Liberal, hoy Partido Nacional. En las filas de la ANEC militaban los actuales miembros más destacados del Partido Demócrata Cristiano ya que todos ellos eran fervorosos Conservadores. Sus cerebros y corazones juveniles se amamantaron con la leche reaccionaria de lo más crudo y reaccionario que haya existido en el país. . .

La Unión de Centros realizó varias Semanas Sociales y numerosas Tribunales Libres todas ellas encaminadas a formar conciencia en la clase trabajadora y en el pueblo cristiano sobre su calidad de clase explotada en lucha con la clase explota-

dora lo que significaba una acción permanente de liberación económica, política y social. . .

Una anécdota que caracteriza nuestra actitud en esa época fue el de que en cierta ocasión el Director de las Obras Sociales de la Iglesia, don Samuel Díaz Ossa, envió al Norte del país una delegación de obreros de los llamados "Sindicatos Blancos", nombre que se les daba en oposición a los sindicatos rojos de anarquistas y comunistas, con la misión de quebrar una huelga de los obreros salitreros. A su vuelta a Santiago, el Directorio de la Unión de Centros formó un Tribunal del Pueblo para juzgar a estos elementos, traidores a su clase, siendo condenados como tales.

Nuestra organización participó activamente en los llamados Centros Anti-guerreros, lo que hoy es el Movimiento por la Paz, en fraternal unidad con la Juventud Comunista dirigida por Ricardo Fonseca que posteriormente llegó a la Secretaría General de ese partido.

La Unión de Centros estableció lazos muy fraternales con varios dirigentes de las Iglesias Protestantes, entre ellos con el Obispo Zotele:

Toda esta labor desagradó profundamente a la autoridad eclesiástica que bajo la tuición del Partido Conservador, se esforzaba por llevar adeptos a esa colectividad política" (41).

El **pueblo cristiano** juzgaba al clero desde sus intereses de clase. La comunidad cristiana popular se reunía para condenar a la Jerarquía eclesiástica. Se aunaban fuerzas populares contra el bloque oligárquico-conservador a través de relaciones con Comunistas y Protestantes. Esto se hacía inaceptable para los pastores de la Iglesia Católica. Y Clotario debe dejar la Presidencia de la Unión. Pero su prestigio como **dirigente del pueblo cristiano** ya es inarrebatable. Durante 1929 los Centros de la Unión le piden que vaya a hablarles. En el Centro de Jóvenes del Corazón de María aclara "*Lo que debe ser un Centro de la Juventud Católica*"; en el Centro del Santísimo Sacramento enfrenta "*El problema económico de la juventud*"; en el Centro de La Estampa profundiza un tema predilecto: "*Los ideales católicos, sus fundamentos y sus proyecciones. El supremo ideal de la juventud, Cristo*" (42).

Como puede verse la década del 20 abrió el camino a Clotario Blest como prestigioso dirigente del pueblo cristiano juvenil. No al modo del rol del sacerdote, que no se lo dejaron ejercer. Se alza como dirigente del pueblo cristiano, desafiando a las autoridades eclesiásticas, del clero atado al proyecto conservador (Monseñor Edwards, en alianza con Alessandri) o del clero atraído por el fascismo (Viviani, en alianza con Ibáñez).

Ni lo uno ni lo otro. Clotario advierte las tremendas limitaciones políticas de ambas formas eclesiales de la "*Democracia Cristiana*" (subordinadas en uno y otro caso a las políticas sociales alentadas por el imperialismo, a través de Alessandri o Ibáñez). La línea de Blest procura ante todo **reconciliar a la Iglesia y el pueblo trabajador, proletarizando las instancias eclesiales, y anunciando el Evangelio en los amplios me-**

dios populares, sin pasar por la instancia del Estado, ya capturado por EE.UU.

Para afrontar esta nueva y tremenda misión que Cristo le confía, Clotario Blest decide realizar, en la privacidad de su vida afectiva, la promesa de renunciar a la vida matrimonial, como una forma de consagrarse sin reserva alguna a la tarea que siente confiada desde Dios. Como una contrapartida a las "limitaciones" políticas de la Iglesia, y a los "límites" que dicho poder ejerció sobre su anuncio del Evangelio, Clotario promete entregarse sin "limitación" alguna, incluso las de familia y hogar, a fin de que nada ni nadie fuera capaz de arrebatarse la libertad del Evangelio de Jesucristo.

"El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.

*El que encuentra su vida, la perderá;
y el que pierde su vida por mí, la encontrará". (Mateo 10, 38-39).*